

Espailat: La Realidad Nacional y los Modelos Políticos Imperiales

LIC. MU-KEIN ADRIANA SANG (A.D. H.)^(*)

Deseo agradecer profundamente la oportunidad que me ha ofrecido la Academia Dominicana de la Historia, en la persona de su Presidente, el Dr. Julio Genaro Campillo Pérez.

Compartir con ustedes, un selecto publico, estas ideas rumiadas solitariamente durante tantos años para una investigación que no parecía tener fin, constituye un hito importantísimo en la vida personal y profesional de alguien que desea hacer su aporte al difícil mundo de la historia política dominicana.

Esta conferencia a la que he titulado “Espailat: La Realidad Nacional y los Modelos Políticos Imperiales”, forma parte del Capítulo VI, “El pensamiento de Espailat entre críticas y propuestas”, de una investigación mas amplia, que en principio he bautizado con el título: “El fracaso de la utopía liberal”, la cual está ya en su fase final. Y la que espero pueda salir a la luz pública a principios del próximo año. Ojalá que con sus observaciones ustedes me ayuden a profundizar en mi reflexión, y sobre todo a enriquecer este trabajo, que no tiene más pretensión que la de ofrecer un perfil del pensamiento positivista y liberal dominicano, a partir de Ulises Francisco Espailat.

^(*) Conferencia pronunciada en la Academia Dominicana de la Historia, el martes 13 de agosto de 1996.



La figura de Espaillat ha trascendido en el tiempo y espacio, convirtiéndose en un permanente personaje de referencia en la historia política dominicana. A diferencia de sus contemporáneos, su legado en la historia no fue el producto de sus grandes hazañas militares, ni tampoco por su personalidad arrolladora que le permitió desarrollar un liderazgo de masas. El nombre de Espaillat, está necesariamente vinculado al pensamiento político liberal de la época. Pero más que pensador, Espaillat ha sido un verdadero símbolo de la pureza en el ejercicio político y de ese profundo sentido ético del quehacer cotidiano de la política.

Sus llamados permanentes a la concordia y a la búsqueda de soluciones en bien del país, le hicieron erigirse como una fuente inagotable de reserva moral en medio de esa vorágine cruel y despiadada que imponía el caos existente en la lucha por el poder. Fue un severo crítico de esa realidad heredada, pero era, ante todo, un gran soñador de la sociedad que aspiraba. Crítico cuando analizaba los hechos que acontecían en el país. Propulsor de sueños para motivar la transformación y la dignificación de la herencia histórica recibida. Su crítica mordaz al ejercicio de la política, entendida como conveniencia de unos cuantos, y al desenfreno en el ejercicio del poder demostrado por la mayoría de los caudillos de la época, le hizo ganar la admiración no sólo de sus contemporáneos, sino también de las generaciones posteriores que han encontrado en sus escritos elementos de profunda sabiduría.

Nacido en el primer cuarto del siglo XIX, Espaillat se formó en el calor de las transformaciones sociales y políticas. Su formación y las bases que estructuraron su pensamiento, se sustentan en elementos típicamente liberales e ilustrados. Años más tarde añade el espíritu positivo impregnado por la influencia Comtiana que tanta presencia tuvo en la intelectualidad latinoamericana. Se nutre del racionalismo europeo de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Demuestra desprecio a las posiciones ideológicas del Antiguo Régimen, constituyéndose en gran defensor de las posiciones Republicanas. Sin embargo, y



ahí no llega la esencia de la tradición heredada, en un defensor de la fe católica, la cual obliga a compartir, a veces con suma dificultad, con el espíritu anti-clerical de la ilustración. Defensor de la modernidad y de la civilización como los modelos a seguir, supo combinar forzosamente, la fuerte y tradicional herencia hispánica.

Luchador de sueños por una nueva República Dominicana errumbada por los caminos del progreso, propulsor de la modernidad, se convierte en el paladín civilizador y gran defensor del expandido y en algunos casos, manido concepto de “civilización”. Espaillat se constituyó, sin lugar a dudas, en el Sarmiento dominicano. Asume, como el intelectual y político argentino, la dicotomía entre civilización y barbarie, llegando, como su homólogo, a plantear la catástrofe si no se guiaba al país por el sendero del progreso material y espiritual, el único que a su juicio nos ayudaría a superar nuestros profundos y graves problemas sociales, económicos y culturales.

La pasión de sus planteamientos abogando por una República Dominicana moderna, ha hecho que muchos autores lo comparen con Sarmiento. Demorizi, por ejemplo, encuentra en ambos hombres increíbles similitudes: agentes morales de la sociedad, maestros de maestros, gobernantes los dos, aunque nuestro Sarmiento, haya tenido tan pobre fortuna en su función como Primer Mandatario de la nación; defendían la educación como el camino más seguro para construir la modernidad, y abogaban por la difusión de la cultura a través de los medios de comunicación.

Después de casi dos décadas de batallar político, Espaillat decide en 1875 escribir sus reflexiones. Bajo el seudónimo de María, lega a la comunidad intelectual dominicana una síntesis completa del pensamiento liberal de tintes positivistas, tan en boga en la época. El periódico El Orden de Santiago, se constituye en la pieza clave para la difusión de su pensamiento.

Recogidos en artículos de periódicos, en cartas a sus compañeros de batalla y en discursos pronunciados en múltiples



ocasiones, el pensamiento de Espaillat está plasmado en ese legado disperso y diverso. Gracias a la paciencia y a la gran vocación de documentalista, Rodríguez Demorizi hizo un excelente trabajo de recolección de ese material diseminado por todas partes. Los historiadores hemos heredado un trabajo importante y clave para conocer las entrañas del pensamiento liberal-positivista del siglo XIX dominicano. La esencia de las ideas espallanistas están expresadas en sus artículos de prensa publicados en el año 1875 por el periódico El Orden, los cuales fueron recogidos por la obra “Escritos”⁴³

La reflexión sobre el tema de la política fue el aspecto más desarrollado en la reflexión de Espaillat. Defensor de la libertad y la nación como espacio de desarrollo del ciudadano, Ulises Francisco Espaillat, auspició, como la inmensa mayoría de sus contemporáneos, un proceso contradictorio; tanto, que en su esencia misma negada a muchos miembros de ese territorio que él había defendido como su Estado-nación, no sólo la posibilidad de formar parte, sino hasta de alcanzar la categoría de ciudadanos. En su intento por guiar el país por los caminos del “progreso” y la “civilización”, los intelectuales latinoamericanos del siglo pasado se convirtieron, maestro Espaillat también, en negadores de su propia cultura. El Sarmiento dominicano es uno de sus trabajos, reflexionando sobre lo que aprendería un extranjero en nuestro país decía;

“¿Qué copiará en el nuestro? El uso del machete, o más bien del revolver, el andar descalzo, comer el debilitante sancocho, y jugar gallos, bailar merengue y dejar para mañana lo que debía hacerse el día anterior”⁴⁴

Confeso admirador del modelo creado por las potencias imperiales, gracias al desarrollo alcanzado, caracterizado de

⁴³Cf. Ulises Francisco Espaillat, “Escritos”, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Santo Domingo, 1987. En lo adelante será indicada como Escritos. . . .

⁴⁴Espaillat, Escritos. . . p. 123



progreso material, político y cultural; pretendía, o por lo menos proponía, construir su propia nación civilizada, para lo cual colocaba constantemente la imagen de sus imperios admirados como espejos a imitar. Y así, todo aquello que no refleja una imagen similar, debía ser borrado o transfigurado, aún a costa de su propia destrucción:

“A propósito de la malísima carne que comemos, me acuerdo de una mistificación que experimenté siendo todavía niña. A mí me gustaba mucho oír discurrir a los sabios, y un día un amigo de la casa me dijo: ‘Vea u. niña ¿por qué en Inglaterra se come buen beefstake?’ ‘Porque hay buena carne ¿no es verdad?’ ‘No señorita, me dijo (. . .) porque tienen buena constitución y buenas leyes’. Después he oído y aún con frecuencia, que el pueblo dominicano necesita leyes especiales (. . .) y yo deduzco que debe ser cierto, porque los ingleses deben comer buena carne, porque necesitan buenas leyes, los dominicanos deben comerla mala, porque para ellos deben hacerse malas leyes”.⁴⁵

Su lamento y sobre todo acérrima crítica por el *modus vivendi* y *operandi* del dominicano, y su profunda admiración por el modelo imperial era una constante en su pensamiento. Estuvo presente a todo lo largo de sus escritos.

“También necesitamos mejorar este ramo -la ganadería- (para que todo aquel) que se desvela tanto en ayudar a esta pobre sociedad, pueda seguir trabajando sin que se le agoten las fuerzas, encontrando buena carne en el mercado. . . , como se come en Inglaterra, tanto en la mesa de mi amiga Juana, que es riquísima, como en la de los obreros, que son pobrísimo. ¡Qué ingleses! ¡Qué gentes! Buena carne, buenas leyes! ¡Todo se lo han tomado para sí”.⁴⁶

⁴⁵Ibid, p. 57

⁴⁶Ibid, p. 93

Profundo admirador de esas grandes naciones que habían podido hacer el despegue, que habían podido guiar, como él mismo Espaillat lo definía, al pueblo por los senderos del progreso, enalteció algunos procesos, desacralizó otros. Defensor apasionado del modelo anglosajón, no pudo ocultar nunca esa admiración ciega por el pueblo inglés:

¡Oh! ¡Inglaterra, patria de mi querida Julia las buenas leyes, donde el amor patrio es enfermedad endémica, y donde jamás se deja para mañana lo que de hacerse tiene! Cuánto debes quizás a la superioridad incontestable de tus ganados! del mismo modo que nosotros tal vez debemos todos nuestros desaciertos e incongruencias a la miserabilidad de nuestro sancocho”.⁴⁷

Admiraba en esta nación, no sólo el nivel socio-económico alcanzado, sino también la organización de su gobierno, pero sobre todo la superioridad de su raza, en contraposición, claro está de la nuestra, la cual, a su juicio, estaba formada por un material de mala calidad, de difícil corrección:

“Ahora bien; el país presenta por dicha grande la división que desean los autores de derecho constitucional. Un pueblo joven, y tanto que apenas principia a entrar en la adolescencia, que una catástrofe inesperada viene a removerlo por completo, y que puede hacer el papel de Cámara de Representantes con toda fogosidad, toda la impaciencia, todos los deseos impetuosos, y todas las ilusiones, toda la imprevisión, con todo el empuje que se necesita para desarraigar las doctrinas pasadas de moda (. . .), empuje que vemos y admiramos en los anglosajones que deben según se dice a la superioridad de su raza y que los cibaños han adquirido a fuerza de lucha por crear, y siempre crear, y que nosotros ni admiramos ni sabemos explotar”.⁴⁸

⁴⁷Ibid

⁴⁸Ibid, p. 170



Quizás porque fue un hijo digno de sus progenitores, separándose de su protección antes que en la misma Europa se consolidara el proceso de su propia revolución burguesa, o porque a pesar de sus múltiples dificultades, logró no sólo superar sus propias contradicciones, sino también erigirse como imperio, más aún, convertirse en modelo a seguir por ese grupo de recién formadas naciones, Estados Unidos se convirtió en otro modelo ideal para Espaillat.

“Transportémonos a los Estados Unidos de Norte-América. Allí, como aquí y en todas partes, la vida no es otra cosa que una lucha perpetua entre sus necesidades y el modo de satisfacerlas; lucha que vemos exhibida en el campo de las ciencias, del comercio, de la industria. . . . de la política”.⁴⁹

Una de las cosas que mayor admiración producía en Espaillat era la forma en que esa nación había superado sus contradicciones internas. Sumergido en una guerra sin cuartel, en la cual los ciudadanos norteamericanos se enfrentaron dura y cruelmente, la nación completa vivió las profundas secuelas de este hecho. Sin embargo, y ahí Espaillat no escatima palabra para expresar sus elogios, esa nación logra integrar las regiones enfrentadas, y motivar e incorporar a sus hombres y mujeres a la tarea de reconstrucción. Los resultados, fueron según nuestro personaje, más que positivos:

“En los Estados Unidos de América, durante su prolongada y gigantesca guerra civil, la nación tuvo que pagar contribuciones fabulosas. Con todo cada capital de Estado, cada ciudad, cada aldeíta aumentó su presupuesto para generalizar más la educación pública. Por eso está bien allí, donde nunca se dejan las cosas para mañana. El mañana nuestro, por el contrario, nunca llega, y es que todo lo dejamos para ese día”.⁵⁰

⁴⁹Ibid. p. 214

⁵⁰Ibid, p. 73



Liberal y positivista confeso, Espaillat no dejó nunca de admirar a las naciones que hacían inversión en educación, pues, según afirmaba constantemente, la construcción del progreso estaba sustentada en un proceso educativo profundo del pueblo. A su juicio la nación norteamericana había entendido este principio, y desde que se inició el camino de la paz, luego de la tormentosa guerra interna, sus gobernantes hicieron inversiones en la educación del pueblo. Esta opción de los detentores del poder produjo en Espaillat un sentimiento de profunda admiración. Soñaba que este proceso pudiese ser realidad en su propia tierra. No escatimaba sus elogios cuando escribía sobre el tema:

“Durante la guerra civil de los E.U. de Norte América, se adoptó como principio que lo que se gastara en la educación del pueblo, eran economías que se hacían, en razón a que la ilustración de las masas haría imposible la guerra más tarde. Pero allí la educación del pueblo está adelantada, y la guerra que ellos temían, era cosa lejana; al paso que la ilustración del pueblo, entre Uds., está por principiarse, y los temores que los asedian son de momento; por consiguiente, sin depreciar la educación popular, que debe desarrollarse hasta donde lleguen los medios, es preciso emplear otro medio más rápido en su acción y en sus resultados, y éste es la predicación”.⁵¹

Con menos de cien años de haber nacido, y con una corta historia colonial, Estados Unidos, a juicio de Espaillat, supo ofrecer libertad completa a sus ciudadanos. Mientras afirmaba esto, se preguntaba en contraposición “¿la hay aquí?”.⁵² La nación norteamericana, decía nuestro intelectual, supo además organizar su Estado, definiendo claramente las estructuras de sus instituciones políticas y sociales. Después de la guerra, como vimos en los párrafos anteriores, unificaron sus fuerzas los antiguos grupos enfrentados, reconstruyeron el país, definieron

⁵¹Ibid, lp.88

⁵²Ibid, p. 157



que la educación era la fuerza y la base para la formación de sus ciudadanos; y luego, se propusieron la tarea de organizar su propio Estado.

Convencido defensor del dictamen de las urnas, Espaillat admiraba a las naciones que habían definido ese ejercicio de la soberanía del pueblo; una admiración que crecía si el proceso se hacía en orden, pero sobre todo, si se repetaba la decisión de esa mayoría expresada en “las luchas eleccionarias”, única forma de ventilar el porvenir de las familias, sin importar el bando al que pertenecieran. En esa lucha, dice Espaillat cada participante en el torneo “hace esfuerzos inauditos para ganar la batalla, porque esta representada para ellos, los empleos, concesiones, embajadas y toda suerte de posiciones ventajosas. . . el modo de vivir”.⁵³

Una de las cosas que más llamaba su atención en la experiencia democrática de los Estados Unidos era el hecho de que sus gobernantes eran el resultado de la decisión de la mayoría del pueblo soberano. Recordaba siempre que en la República Dominicana, la mayoría de sus Presidentes habían sido impuestos por golpes de estado y revoluciones, y casi nunca por la decisión expresada en las urnas.

“Los aspirantes a los puestos que depende de la elección del pueblo, trabajan incesantemente para hacerse conocer de la nación del modo más ventajoso posible, ya sea por sus talentos, ya por su honradez y buenas costumbres”.⁵⁴

En la eterna agonía de los contratos de sus pensamientos y sus emociones, Espaillat se lamentaba de que nuestro país fuera la antítesis de esa nación. A diferencia de su venerado Estados Unidos, la República Dominicana, aún después de haber librado una hermosa lucha por su independencia y por la instauración de un Estado de derechos, había vivido casi siempre una historia de atropellos y violencia. Su lamento era profundo. Se avergonzaba

⁵³Ibid, p. 215

⁵⁴Ibid,



de la conducta de nuestros congresistas y de la violación sistemática a la Constitución y las leyes.

“¿Será un sueño quizás que la República Dominicana, la sonrojada, la vilipendiada, la azotada de ayer, dirija la vista, no a su pasado, en su mayor parte compuesto de humillaciones, sino al país de los hombres libres, a los Estados Unidos de Norte América, y contemple la conducta de los senadores de aquella gran República, que no temieron incurrir en las iras del poder, denunciándolo ante la Nación, por haber violado la Constitución del Estado? (. . .) Allí en aquel país educado políticamente, en donde no existe una prensa numerosa, libre independiente e ilustrada; donde le ciudadano y aún el extranjero, no tiene que amoldar su pensamiento a leyes de imprenta; allí donde siempre ha imperado la ley, y en donde el prestigio del que la aplica; donde no se tienen noticias de que un Presidente haya osado cometer una tropelía, y en donde la razón de Estado no figura en el diccionario político de la nación; no hay ni puede haber mucho mérito en oponerse al desbordamiento del Poder”.⁵⁵

Pero así como fue benévolo con los anglosajones, los galos y latinos fueron objeto de las más duras y severas críticas. Inglaterra progenitora de su modelo ideal no tuvo que sufrir la rudeza de sus posiciones. Francia, por el contrario no tuvo la misma suerte.

“En Francia se espera todo del Gobierno. En los Estados Unidos no se espera de éste más que la dirección general de los negocios; la fuerza, la iniciativa reside en la Nación, de la cual pasa al Gobierno”.⁵⁶

Decidido anti-francés, analizaba este modelo con una firmeza extraña, y una pasión tan fuerte, que sorprende a sus lectores la unidimensionalidad de sus sentimientos y posiciones. Los llamó

⁵⁵Ibid, p. 262

⁵⁶Ibid, p. 195



haraganes, indisciplinados y desenfrenados afectos a los placeres mundanos:

“En esa brillante época de la historia de Francia (. . .) el francés podía considerarse como el ser más dichoso de la tierra; y podía mirar con desdén a todas las naciones del Orbe, a quienes la Providencia no había querido proporcionar un Soberano igual al suyo. Con efecto: los ciudadanos de Francia, o mejor dicho, los súbditos de S. M. El Emperador de los Franceses, no tenían que tomarse la pena de pensar más que en diversiones y pasatiempos, puesto que el amo se ocupaba, de día como de noche, en cubrir de gloria su reinado, y por consiguiente la Francia. Gloria aquí, gloria allá, gloria por todas partes. La Francia estaba organizada en el interior como una orquesta repetada y temida en el exterior. La nación habría sido muy necia en tomarse el trabajo de pensar”.⁵⁷

Sin negar el aporte de Francia a las nuevas concepciones del poder y las consecuentes posiciones políticas que había recibido la humanidad, y que un grupo de hombres y mujeres la habían hecho fuente de inspiración para los grandes procesos sociales que auspiciaron en sus respectivas sociedades; sin poder obviar la importancia y significación de la Revolución Francesa en la historia de la humanidad; y, finalmente sin poder ocultar la grandeza cultural de Francia a través de su historia, Espartero no podía ocultar su pasión al criticar y enfrentar el apetito desmedido de poder que con tantas galas exhibió Napoleón durante los años de su Imperio, negando así la esencia de ese proceso inspirador de la libertad, bandera de lucha de tantos hombres y mujeres, como lo fue la Revolución Francesa. Quizás por eso su cinismo y rechazo no podía ser menor de esa nueva Francia mancillada:

“Sonó, como hemos dicho, la hora de las decepciones, y la Francia sobrecogida, espantada, horrorizada al ver que había

⁵⁷Ibid, p. 192



quien se atreviera a atacarla en su propio suelo sin temor por ello las consecuencias de las iras del que se había habituado a mirar como a un Dios; la Francia, la civilizada, la guerrera, la pundonorosa, la orgullosa Francia, que años antes había pretendido la Ley al Universo entero, (. . .) ¡El sistema de la centralización la había enervado! ¿Faltaría el patriotismo en Francia? NO: pero el régimen que le impuso el autócrata, para conservarse en el poder, la había enervado, y los franceses habían perdido el hábito de ocuparse de los asuntos políticos, descansando, confiados en que su amo vigilaba y se ocupaba por ellos.”⁵⁸

Crítico con el imperio colonizador de la América Latina de sus desvelos, Espaillat fue un opositor aguerrido de España. Aceptaba críticamente la herencia recibida, pero propugnaba por la superación de sus limitaciones. Defendía lo defendible de esa España responsable de las desgracias de un pueblo que no asumía con conciencia la tarea de la re-construcción, muy al contrario, se acomodaba como podía a su realidad, sin sentir la necesidad de la transformación. Esa convicción fue quizás el motivo esencial del intelectual santiagués para ser rudo con ese imperio que el destino trajo a estas tierras:

“De España vinieron mis padres; sangre española circula por mis venas, de lo cual me enorgullezco; pero por lo mismo que de españoles descendo, tengo o sus mismas faltas o idénticas virtudes. Tengo, como ellos, el mismo amor a la independencia de mi país, y el mismo odio de toda dominación extranjera. Como ellos, preferiría sepultarme bajo las ruinas de la patria, antes que ver a ésta, esclava de otra nación. Quiero a los españoles y los he querido siempre. . . como amigos, pero para esto es indispensable que exista igualdad”.⁵⁹

⁵⁸Ibid, pp. 193-194

⁵⁹Ibid, p. 43



Buscando la justificación de sus propias creencias, para conectarlas, aún fuese éstas contradictorias con el modelo de sus sueños, Espaillat realizó un esfuerzo por hacer esa combinación peligrosa entre esas herencias recibidas del imperio hispánico y esas nuevas ideas que defendía hasta la saciedad. España, imperio que sustentó su dominación en una colonización escudada en un supuesto ideal de “evangelización”, que dominó el llamado nuevo mundo durante los siglos XV, XVI y XVIII, y comenzó su período de decadencia en el XVIII, llegando a su derrota final en el XIX, justamente con el triunfo de los movimientos nacionalistas, dejó una huella imborrable en la cultura de América Latina: su profunda creencia religiosa.

“El hombre no puede vivir sin creencias, y una sociedad de incrédulos ni ha existido, no puede concebirse que llegue a existir. Si Uds. van abandonando la creencia de sus padres, ¿cuál ponen en su lugar? ¿Y cuál mejor? “En nuestra opinión, el único medio, sin despreñar los demás, que puede dar a Uds., un resultado grande, a la par que eficaz, es enaltecer la idea religiosa. Los grandes sentimientos se hermanan, y levantando la religión, el amor patrio revivirá. Esta es obra de un clero patriota. Uds. no carece de sacerdotes ilustrados, y en cuyos corazones aún no se ha extinguido el fuego sagrado de los primeros tiempos. He aquí una noble y digna misión”.⁶⁰

Los modelos imperiales que defendían los liberales latinoamericanos, Espaillat entre ellos, había sido los espacios donde esas nuevas orientaciones religiosas nacieron y se desarrollaron, producto de sus propias contradicciones sociales, y en respuesta a un modelo atrasado representado por España. Las luchas intra-imperiales se convirtieron desde el siglo XVII no sólo en un proceso de dominación por el espacio físico, sino también ideológico. El enfrentamiento entre lo nuevo, enarbolado por la burguesía naciente y con ello su cuerpo doctrinal en lo político y religioso, y lo viejo representado pro una España

⁶⁰Escritos, p. 87



anquilosada y atrasada que se aferraba a su vieja estructura de feudalismo atrofiado, estuvo presente durante varios siglos. Los nuevos modelos sociales habían vencido las viejas posiciones y se convirtieron en los caminos que las demás naciones debían seguir. España quedó reinando un mundo de recuerdos, pues para finales del siglo XIX su imperio se redujo al control de Cuba y Puerto Rico.

Encarnación criolla de Sarmientos, Espailat, auspició la inmigración, como recurso importante para la solución de los males. Pero la propuesta de introducir migrantes europeos o norteamericanos al amplísimo territorio que compone el continente latinoamericano, no fue exclusiva de los positivistas liberales. No niega esta afirmación que la idea fue mayormente difundida gracias al trabajo intelectual del positivismo, especialmente del argentino. El conservatismo liberal, encarnado por el chileno Antonio García Reyes⁶¹, también acogió y defendió la propuesta como si fuera suya. Una vez más se evidencia que la frontera entre lo liberal y conservador a veces se hace tan tenue, que se nos dificulta la tarea de caracterizar uno y otro sector. Decía el político chileno que se debía propiciar la inmigración europea a los pueblos del continente para aprovechar la “sabiduría y prosperidad” de esas grandes naciones. Afirmaba sin tapujos que era preciso favorecer la inmigración, de manera tal que pudiesen llegar a esas tierras “población europea con capitales, europeos, con industrias europeas . . .”, de esta manera, decía, evitamos que se prosiga la condena de esas hermosas regiones a la desolación en que hoy se encuentran”⁶².

Nuestro Sarmiento, (¿nuestro García Reyes? ¿nuestro Alberdi? ¿Nuestro Barreda? ¿nuestro Páez?) parece que adoptó como si

⁶¹Refiero nuevamente la obra de Enrique Brahm García, “*Tendencias críticas en el conservatismo después de Portales*”, op. cit. El análisis del pensamiento de García Reyes es excelente. El autor nos transporta por caminos difíciles, pero llevados de forma sencilla y directa, permitiendo entender ese difícil teorema intelectual de lo liberal y conservador.

⁶²Citado por Brahm García, op. cit. p. 39



fueran suyas estas propuestas que se difundían en los países latinoamericanos, desde Argentina, pasando por Chile y llegando hasta Venezuela. Espailat defendía la inmigración como la salvación de la patria, la solución de las miserias, o la palanca necesaria para convertir a nuestra población, como por arte de magia, en trabajadores incansables, después, claro está, de que se conectaran con esos migrantes salvadores de todos nuestros males:

“La inmigración para nuestro país sería la prosperidad; el porvenir,; la vara mágica de Moisés; la bendición del cielo. El aumento de población llevaría aparejado un número considerable de ventajas positivas, y la desaparición consiguiente de muchos inconvenientes que hoy tienen por única causa la relativamente grande extensión del territorio comparada con la exigüidad de su población. Y en una palabra, la civilización completa del país o países a donde afluya. Son tales estas ventajas, que a primera vista parece incontrovertible que la inmigración sea utilísima a cualquier país o donde afluya, y así es la verdad. Los Estados Unidos de Norte América deben, en gran parte, su sorprendente prosperidad a la constante inmigración que de todos los puntos del Globo ha afluído allí. . .”⁶³

Defendía Espailat el derecho de los migrantes. Propulsor del derecho a la vida digna basada en el trabajo honrado, no escatimó esfuerzos nuestro personaje para abogar por la necesaria aplicación de un plan de inmigración, de fácil sustentación jurídica, ya que a su juicio “las leyes de la República Dominicana han sido siempre favorables a los extranjeros. . .”⁶⁴

Defensor a ultranza del progreso, definía, hacía o convertía en algo fácil los caminos para alcanzarlo. La inmigración de población norteamericana o europea constituía un pilar fundamental en ese proyecto:

⁶³Ibid, p. 121

⁶⁴Ibid, p. 1312



“El extranjero, sea quien fuese, tiene derecho lo mismo que el natural del país, a vivir de lo que su trabajo le proporciona. . . El Universo es del hombre, y tan perfecto derecho tiene el alemán a vivir aquí como yo en Alemania. El derecho de conspirar no lo tiene ni uno ni otro, puesto que es un crimen y no un derecho; y menos aún le es permitido al nacional, puesto que éste debería tener más respeto a las Instituciones de su país. (. . .)”⁶⁵

Si alguien osaba señalar alguna dificultad a su propuesta, siempre tenía la solución al alcance de la mano. El que le planteara la posibilidad de que uno de esos migrantes se inmiscuyera en los asuntos políticos del país, Espaillat salía en defensa de su posición. Contrario a los que la condenaban, nuestro político las aprobaba y las veía con tan buenos ojos “que hasta los autorizaría, si para ello tuvieran la delicadeza de limitarse a emplear los medio legales, que son los decentes, influyendo en las por medio de sus amigos y relacionados.” Decía que si la presencia y participación de estos extranjeros significaban un adcentamiento en el ejercicio de la política, con más razón “les concedería de ese modo el derecho de influir en los negocios políticos, y eso sin perder su cualidad de extranjero.”⁶⁶

Sostenía Espaillat que la apatía que caracterizaba al dominicano sólo podía ser enfrentada con la inyección de una fuerte dosis de entusiasmo y de iniciativas. Para lograrlo sólo era posible si se producía la transformación de nuestra herencia cultural a través de la inmigración.

“Qué es pues lo que nos hace falta para hacer y ser algo? La fuerza de iniciativa. Pero esto nos lo daría la inmigración, he oído decir. Detengámonos un momento. Yo no sé hasta donde puede ser cierto lo que el Senador Schultz de los Estados Unidos, adujo respecto a la influencia enervante

⁶⁵Ibid, p. 131

⁶⁶Ibid, p. 131



de ciertas zonas, aún sobre las razas más potentes de la tierra. Esos son asuntos que ni yo comprendo, ni he podido estudiar; así es que solamente me ayudaré de lo que ha oído respecto a otros países, de lo que he visto yo mismo en el nuestro, y del libro aquel que tengo siempre abierto. . . .”⁶⁷

Estaba convencido ese intelectual nuestro que la asimilación cultural era algo positivo. La modorra y la apatía se combatía con el trabajo duro y el entusiasmo por el progreso, para lo cual, decía, era necesario que los dominicanos generaran vínculos con trabajadores de otras latitudes, de tal manera que pudieran aprender el difícil ejercicio del amor por el trabajo. Argumentaba que no había “un solo extranjero que llegue a los Estados Unidos, que no se vuelva americano. . .” Esa persona, nacida en otras tierras, lograba impregnar su vida cotidiana de “la misma actividad; la misma fuerza creadora; el mismo empuje. . .” de esa nación donde se defendía el precepto “Time is money.”⁶⁸

Esclarecido el principio de la migración extranjera como acicate de la transformación, Espaillat se centró entonces a definir la procedencia ideal de los inmigrantes: “¿Cuál es la nación de todas las de Europa de donde nos convendría más traer inmigración?”. Múltiples respuestas tenía esa simple pregunta. Los españoles, decía nuestro pensador, no nos convenían “porque tal vez acertamos a traer de esos fanáticos carlistas, que tanto mal han hecho y siguen haciendo a su pobre patria. . .”. Seguía su diagnóstico y llegó hasta Italia. Consideraba que los italianos eran “tocadores de orgullos y amoladores”, más aún los llamó “perezosos”, aunque reconoció que en “algunas de las repúblicas hispano-americanas” probaron con ellos y les ha ido muy bien. Continuaba con su diagnósticos y tocó a los franceses. Sus palabras al referirse a ellos se tornaron sorpresivamente agresivas y mordaces: “Menos todavía, advertía a sus lectores, porque nos van a mandar de esos rabiosos comunistas. . . .”. Finalmente

⁶⁷Ibid, p. 132

⁶⁸Ibid, p. 123



concluyó que la nación ideal para enviarnos migrantes era Alemania. De ellos, afirmaba, “no hay nada que objetar”.⁶⁹

En su plan no se contemplaba sólo la procedencia, sino también el oficio. “Yo quiero que hagamos venir no modistas, ni hacedores de abanicos; ni obreros de fábricas de fósforos y alfileres, ni floristas, ni fundidores de tipos, ni nada de eso. . .” Parece que una experiencia anterior marcó profundamente su convicción. Según nos dice Espaillat en el año 57, se auspició una inmigración desde Francia (¡De nuevo ella!), la cual en vez de traer resultados positivos fue más bien desastrosa.

Su convicción por la creación e instauración de un plan de migración era tan profunda, que intentó definir todos sus pormenores. Propuso planes alternativos en caso de que la migración europea ideal fuera difícil de ejecutarse. Saludó con entusiasmo la presencia en nuestro país de ciudadanos procedentes de Cuba y Puerto Rico:

“Un saludo cordial a los inmigrantes cubanos y puertorriqueños que se hallan entre nosotros, a los cuales deseo ver llegar pronto a la más próspera y floreciente situación. Muchos bien pueden reportarnos, y nosotros les debemos algo en compensación. . .”⁷⁰

Entendía que la isla que todos conocemos como Borinquén, tierra del edén, podrá convertirse en la alternativa más fácil y rápida para solucionar y satisfacer nuestra necesidad de migrantes. Aplaudió el esfuerzo del Gobierno Dominicano de buscar en Puerto Rico la inmigración. Defendía la razonabilidad de la propuesta porque resultaba barata y ventajosa por la cercanía. Confesaba que su inmediatez con Higüey, permitía que los migrantes no tuvieran que adaptarse a un nuevo clima, y quizás así los cultivadores “a quienes la pobreza estimule a salir de su país y el ofrecimiento de terrenos les convide al nuestro”.⁷¹

⁶⁹Ibid, p. 134

⁷⁰Ibid, p. 100

⁷¹Ibid, p. 323



Ante las posibles dificultades para la aplicación del plan de la migración ideal, la alemana, Espaillat, se dispuso entonces a concebir un plan alternativo. Observando el esfuerzo desplegado por muchos para atraer a los puertorriqueños, diseñó una estrategia a fin de orientar la penetración de ese capital humano. Elaboró una propuesta de desarrollo agrícola, teniendo como sostén básico de su desarrollo la fuerza de trabajo proveniente de la vecina isla, la cual incluía elementos como los siguientes: 1. Reglamentación de los terrenos del Estado. 2. Diseño de una estrategia para que nuestros campesinos recibieran la “instrucción agrícola” que pudieran “traer esos labradores, por se la ignorancia de las más triviales nociones lo que tiene nuestra agricultura atrasada.”⁷² ; y 3. Desarrollo del comercio.

Y así como la propuesta inicial, o el plan de contingencia, lo importante para nuestro intelectual era abrir las fronteras a los extranjeros, recibirlos “con los brazos abiertos, facilitándoles el modo de encontrar trabajo, (. . .) hacerles justicia cada vez que la necesiten, proporcionarles el modo de educar a sus hijos. . .”⁷³, y de esta manera el progreso del país estaría más que asegurado.

Esta apretada presentación sobre un sólo aspecto no representa más que una pequeña muestra del legado de un pensador profundo, que en poco tiempo pudo sistematizar el conocimiento de la realidad y devolvernos su reflexión en propuestas concretas.

Como dijimos anteriormente, su año más fructífero fue el 1875, pero se vio interrumpido en 1876, cuando en abril de ese año asume las funciones de Presidente de la República, después de haber aceptado y escuchado un verdadero clamor popular. Su paso por el Poder Ejecutivo fue efímero, las contingencias presentes eran superiores a las posibilidades de solución en un marco de respeto a las leyes, como lo mandaba su profunda convicción política liberal y positivista.

⁷²Ibid.

⁷³Ibid, p. 131

Las huellas de esta terrible experiencia fueron tan grandes y profundas, que no pudo volver a ser el de antes. Decidió apartarse para siempre de la política. Se sumergió en el olvido de su ciudad natal. Las grandes propuestas para solucionar todos y cada uno de los males de la sociedad formuladas en 1875, se convirtieron a partir de ese momento, en pesadillas y lamentos. Muere en 1878 de difteria, pero la verdadera razón de su partida no tienen más explicación que su dolor profundo por la traición de sus antiguos amigos y aliados, y por una realidad caótica que no presentaba ante sus ojos ninguna posibilidad de solución.

La muerte de Espaillat dejó profundas huellas en la intelectualidad liberal de la época. Había fracasado una esperanza.

